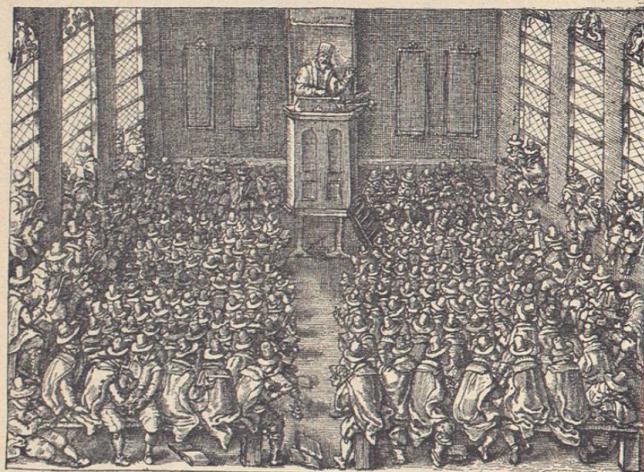


hallaron ocasion favorable para adquirir vastos dominios merced á los precios casi irrisorios á que se vendieron los bienes confiscados. Wallenstein aprovechó aquella coyuntura haciéndose dueño de sesenta propiedades, entre ellas los señorios de Friedland y Reichenberg, que representaban un valor total de siete millones y tercio de florines y que en parte adquirió prestando considerables sumas al emperador, siempre necesitado de dinero, y haciéndose hipotecar en cambio grandes señorios bohemios. Al morir su primera esposa, casóse Wallenstein con la hija del conde Carlos de Harrach, valido del emperador, y merced á este matrimonio se encumbró mas de lo que estaba, siendo nombrado coronel de dos regimientos, duque de Friedland y elevado en 7 de setiembre de 1623 á la dignidad de príncipe del Imperio.



*Disjunctum hoc est, ille facit, procul est profani  
Aeterna ingenij materia pallas amat* *Lex pietas populus solo hoc fundamine constant,  
Quo sunt sunt tenebrae et omnia barbaries.*

Auditorio en una universidad alemana á principios del siglo XVII

Facsimile del grabado de Crispin de Passe (1560 hasta despues de 1629) inserto en *Academia sive speculum vite scholasticae*, 1612

ofrecimiento propio para inspirar recelos y que en el fondo constituía una innovacion peligrosa; pero al fin otorgó á Wallenstein, en 7 de abril de 1625, la patente para el reclutamiento y lo nombró «jefe de todas sus tropas tanto en el Sacro Romano Imperio, por entonces, como dondequiera que mas adelante fuesen destinadas.» Dudoso parecia á muchos, hasta entre los mismos cortesanos del emperador, que Wallenstein pudiera cumplir su promesa; pero las múltiples alternativas de los anteriores años de guerra habian traído como consecuencia la abundancia de lansquenets desocupados y ganosos de buenas pagas y de gentes dispuestas á tomar este oficio, lo cual habia de facilitar la tarea de Wallenstein tanto mas cuanto que este era muy poco escrupuloso en la eleccion y sobre todo no hacia distincion alguna entre nacionalidades ni confesiones, como lo prueba el haber concedido algunos elevados empleos en el ejército á los protestantes, con no poco estupor de los príncipes ardientemente católicos de la Liga que consideraban como único objetivo de la guerra la restauracion del catolicismo. Wallenstein, por el contrario, estaba muy léjos de considerar su mision militar como religioso-elesiástica en primer término y de trabajar, como lo hacia Tilly, por el restablecimiento del catolicismo en los territorios protestantes. Lo que principalmente queria era procurar al emperador un fuerte apoyo militar que asegurara su autoridad en el Imperio enfrente de los príncipes así

Este hombre ambicioso y excelente organizador fué el que en los momentos en que la guerra adquiria de nuevo grandes proporciones merced á la intervencion de Cristian IV de Dinamarca y en que el emperador necesitaba con toda urgencia un ejército propio del que pudiera disponer, ofreció á Fernando sus servicios para reclutarlo. La anécdota de que al ser preguntado por el emperador si confiaba poder alistar y mantener 20.000 hombres contestó que no 20.000, sino 50.000, no es auténtica y antes bien debe ser considerada como tradicion posterior basada en lo que realmente hizo. Lo cierto es que prometió juntar con sus propios recursos un ejército de 20.000 hombres del que únicamente podria disponer el emperador, pero estando exclusivamente bajo sus órdenes. El emperador se mostró indeciso al principio en aceptar tal

católicos como protestantes, y en este sentido sus miras coincidían con las de Fernando, el cual, á pesar de su ferviente catolicismo, aceptó su ofrecimiento precisamente por lo muy pesada que le era la dependencia en que se encontraba respecto de la prepotente Liga católica. Por estas razones concedió amplias facultades al guerrero que de tal dependencia queria libertarle. Las gentes de guerra que se brindaban á ser reclutadas habian perdido desde hacia tiempo toda nocion de homogeneidad nacional ó religiosa y estaban solo atentas á la ganancia que esperaban obtener; de aquí que acudieran en tropel á ofrecer sus servicios al que mejor los pagara. Del mismo modo que en otro tiempo las tropas de Mansfeld habian abandonado sin escrúpulo al archiduque Leopoldo para pasarse á la Union y se habian luego mostrado dispuestas á ponerse de nuevo con su jefe al lado de los imperiales, era tradicional entre los lansquenets seguir la bandera á cuya sombra mejores pagas recibían y mas rico botin esperaban. Únicamente algunas pocas tropas escogidas servían en ambos campos leal y sinceramente á la causa por la que respectivamente combatían. A los lansquenets uníanse, además, los innumerables hombres arruinados por la guerra que, no teniendo ya nada que perder y llevados de una especie de desesperacion, acudían gustosos al llamamiento del tambor cuando les invitaba á seguirle quien como Wallenstein disponia de tantas riquezas. Así fué que este logró reunir en poco

tiempo un ejército tal cual lo habia prometido: los alistamientos comenzaron en mayo y al siguiente mes ya tenia á sus órdenes un contingente considerable. El emperador no se mostró parco en recompensar al *condottiere* que en los momentos críticos habia acudido en su ayuda: en 13 de junio otorgóle el titulo de duque y en 27 del propio mes envió una instruccion detallada que, por haberse perdido la patente de 25 de julio, es la fuente principal donde debe acudir para conocer las atribuciones que le fueron conferidas. De aquel documento se desprende que el emperador le concedió amplísimos poderes lo mismo en lo militar que en lo político. En lo militar le recomendaba el emperador con gran empeño el mantenimiento ante todo de una severa disciplina, lo

cual, como se comprenderá, ofrecia grandes dificultades tratándose de un ejército tan heterogéneo; ordenábale que fuera de los gravámenes que exigía el entretenimiento de las tropas no impusiera cargas excesivas á la poblacion de los territorios adonde le llevaran sus empresas; dejaba á su arbitrio todo cuanto se referia al trato y rescate de los prisioneros de guerra con excepcion de los principales jefes, señores mediaticados, etc., los cuales no podrian ser puestos en libertad sin especial permiso del emperador; disponia que del botin se reservaran al emperador los cañones y las municiones y de lo demás la mitad fuera para pagar á los soldados y la otra mitad se distribuyera entre estos y los jefes en concepto de sobresueldo; prohibíale que impusiese tributos sin orden ex-



*Ue procul curae cum spes longinqua vagatur.  
Aureus apparet scipius ille dicit.* *Travor vater da will: botz, wie gar off  
Komet der Pecs Both vnterhöfft.*

Escena de la vida de estudiante á principios del siglo XVII

Facsimile de tamaño original de un grabado anónimo inserto en la obra *Pugillus Facietiarum Iconographicarum in Studiosorum potissimum gratiam ex propriis eorumdem Albis desumptarum*, publicada aproximadamente en 1610

presa, pero le autorizaba para recaudar contribuciones «para el entretenimiento de la soldadesca» de modo que se calcularan sobre las soldadas. Esta última autorizacion era en el fondo de todo punto ociosa desde el momento en que el emperador no disponia de recursos para satisfacer regularmente las pagas de un ejército tan numeroso. Para el curso de las operaciones militares era de gran importancia que existiera perfecto acuerdo entre el jefe supremo de las fuerzas imperiales y el de las liguistas, y á este efecto en la instruccion se prevenia expresamente á Wallenstein que se uniera con Tilly con el cual «debía consultar amistosamente y entenderse en todo aquello que considerara de interés comun.» A fin de evitar que pesaran excesivas cargas sobre los territorios, las revistas no debían prolongarse mas de quince dias y durante ellas debía mantenerse una buena disciplina. Para estar al frente de la administracion del ejército de Wallenstein fué nombrado comisario de guerra Juan Aldringer.

Aquella instruccion contenia algo mas que estas disposiciones relativas al mando y á la administracion del ejército, puesto que en ella se concedían al general importantes atribuciones políticas á las cuales dió Wallenstein gran importancia, pero que entrañaban graves temores y peligros en cuanto á su relacion de dependencia respecto del emperador, si bien expresamente se le ordenaba que para usar de las mismas se atuviera al consejo y á la aprobacion del consejero áulico imperial, el baron Juan de Beck, que para ello habia sido puesto á su lado. Entre estas atribuciones polí-

ticas que encerraban el germen de posteriores conflictos figuraba en primer término el derecho de negociar con los señores de los territorios á los que afectaran sus operaciones estratégicas. Completamente conforme con sus intenciones, que fueron tenidas en cuenta al redactar la instruccion, era la recomendacion que se le hacia de que procurara siempre en la Alemania del Norte, adonde primeramente fué enviado, conquistar las voluntades «con medidas políticas y tratos suaves» no haciendo uso de las armas sino contra enemigos tenaces. Igualmente lo era la orden de que «quitara en lo posible á los príncipes protestantes el pretexto de la religion que hábilmente ha explotado hasta ahora nuestro enemigo para disimular su rebeldía y defender sus intereses» y de que, al tenor de la patente especial que sobre ello habia recibido, prometiera en nombre del emperador á los que quisieran prestar obediencia á este «que no atentaria en lo mas mínimo contra su religion ni contra las ceremonias de la confesion de Augsburgo y que podían estar tranquilos en lo tocante á los bienes eclesiásticos que poseían.» En estas indicaciones políticas, en parte completamente antagónicas con la conducta que habia seguido el emperador en sus territorios hereditarios y que intentaba tambien seguir en el Imperio, hemos de ver un principio de aceptacion por parte de Fernando del programa político de Wallenstein, el cual, andando el tiempo, se vió mas claramente. Si el emperador estaba resuelto á cumplir aquellas promesas, renunciaba con ello á aplicar en el Imperio las medidas de la extrema reac-